

*Las palabras y el poder**

Carlos Lomas**

Con un despliegue inusual de cuatro páginas el académico Ignacio Bosque publicó en la edición dominical de EL PAIS del 4 de marzo un extenso ensayo, avalado por 23 académicos y por 3 académicas de la Real Academia Española de la Lengua (RAE), en el que con argumentos de índole gramatical evaluaba de manera negativa las orientaciones para un uso equitativo del lenguaje que diversas instituciones (institutos de la mujer, sindicatos, universidades...) han ido editando en las últimas décadas y afirmaba categóricamente la neutralidad del lenguaje y el valor inclusivo del masculino por su condición de genérico que designa a la vez la condición femenina.

Es de agradecer el tono moderado con el que Ignacio Bosque alude a estos asuntos, en contraste con la ironía, el menosprecio y la indignación con que habitualmente abordan estos temas otros lingüistas, escritores, políticos y periodistas. Sin embargo, la insistencia en el valor del masculino como referente de lo femenino y la crítica purista (en nombre del uso correcto de la lengua) a algunas de las soluciones expresivas que se han venido utilizando en las últimas décadas para nombrar el mundo en femenino y en masculino ponen de manifiesto la resistencia atávica de la RAE (aunque no solo de la RAE) a que en el uso del lenguaje se reflejen los cambios que en los últimos tiempos se han venido produciendo en las relaciones entre mujeres y hombres. Afortunadamente la última palabra sobre el uso de las palabras no la tienen los gramáticos sino la gente que usa el lenguaje para intercambiar significados y para construir en ese intercambio un conocimiento compartido y comunicable del mundo.

Porque las palabras no son inocentes. Cuando hablamos (sea cual sea el contenido de lo dicho), las palabras nos dicen algunas cosas sobre quiénes somos, cuál es nuestro origen geográfico, cuál es nuestro sexo, a qué grupo social pertenecemos, cuánto *capital cultural* poseemos, cómo entendemos y designamos el mundo... Por ello, los usos del lenguaje constituyen un espejo diáfano de la identidad sociocultural de las personas ya que, al ser usadas, las palabras reflejan cómo somos, cómo pensamos y cómo deseamos que sea la vida de las personas en una cultura y en una época concretas. Sin embargo, a menudo en algunas instituciones, como la Real Academia Española de la Lengua, se observa la vida de las palabras con una mirada forense y se emplea un tremendo esfuerzo en la autopsia

del cadáver del lenguaje a la búsqueda de sus entresijos gramaticales. De ahí su obsesión por identificar las enfermedades y malformaciones del lenguaje (en este caso, las enfermedades y malformaciones del denominado *lenguaje no sexista*) que se traduce en un énfasis a menudo desmesurado en la (hiper)corrección lingüística. Sin embargo, hace tiempo que sabemos que un cuerpo es afortunadamente algo más que una anatomía, de la misma forma que hace tiempo que sabemos que el lenguaje es algo más que una gramática.

No aludiré ahora a los abundantes estudios lingüísticos sobre el uso androcéntrico del lenguaje, sobre los íntimos vínculos entre discurso y diferencia sexual y sobre la ocultación de las mujeres en el territorio de las palabras. Basta con recordar, entre muchas otras, las investigaciones de lingüistas como Deborah Tannen, Robin Lakoff y Marina Yagüello, editadas hace ya décadas, y con constatar a la luz de sus indagaciones que de lo que se trata es de incorporar al uso lingüístico algunas de las múltiples soluciones que la lengua española nos ofrece para designar la diferencia sexual cuando hablamos y escribimos. Conviene señalar en este sentido que, cuando nombramos el mundo en masculino y en femenino, no solo manifestamos nuestro afán de contribuir a una mayor equidad entre mujeres y hombres sino que también utilizamos las palabras con una mayor precisión léxica y con una mayor adecuación referencial al tener en cuenta la diferencia sexual entre hombres y mujeres.

Frente a la obsesión de algunos por la *economía del lenguaje*, conviene insistir en la idea de que no se malgasta el caudal infinito de las palabras al utilizar términos genéricos, tanto masculinos como femeninos, que incluyen a ambos sexos ("el ser humano", "el profesorado", "la ciudadanía", "las personas", "la gente"...), ni se duplica el lenguaje al decir "hombres y mujeres" y "padres y madres", como no se duplica al decir "azul y rosa" o "dulce y salado". La palabra "hombres" no designa a las mujeres de igual manera que la palabra "padres" no alude a las madres. Sobran los ejemplos que atestiguan que un uso exclusivo del masculino abona el malentendido y a menudo también el sinsentido (como, por ejemplo, esas *asociaciones de padres* integradas solo por madres).

Es cierto que algunas de las alternativas utilizadas en nombre de un uso equitativo del lenguaje no han sido afortunadas ni especialmente correctas, como la utilización de las barras (*os/as*) o de la arroba. Es obvio también que el uso *políticamente correcto* del lenguaje en la oratoria política y en el mundo académico se traduce a menudo en formas estereotipadas y rituales de nombrar la diferencia sexual que no van más allá del inicio del turno de palabra. Por otro lado, de un tiempo a esta parte

es posible identificar en algunos contextos cierta tendencia al eufemismo, como cuando se habla de “hombres varones” y de “varones y mujeres” en vez de utilizar “hombres y mujeres” en su sentido literal. Finalmente, es innegable cierta dificultad a la hora de utilizar el lenguaje de una manera equitativa en el uso oral espontáneo, como también lo es que esa dificultad desaparece en el uso escrito, y especialmente en escrituras como la académica, si hay voluntad de incorporar la designación de la diferencia sexual cuando escribimos. Por ello, y pese a algunas soluciones inadecuadas y a innegables dificultades, nada impide nombrar el mundo en masculino y en femenino, salvo el prejuicio ideológico, la tradición comunicativa y algún que otro corsé gramatical.

El lenguaje no es inmutable ni es tampoco un patrimonio exclusivo de gramáticos, filólogos y académicos. Como dijo hace ya casi un siglo el padre de la lingüística contemporánea, Ferdinand de Saussure, “la lengua es algo demasiado importante como para dejársela a los lingüistas”. La lengua es y debe seguir siendo de la gente que la usa. Y por ello está sujeta a cambios y a la voluntad de quienes la utilizan cada día para entenderse, convivir y nombrar el mundo. De igual manera que se incorporan al diccionario y al uso lingüístico tantas y tantas palabras procedentes de otras lenguas y de léxicos específicos, como el léxico de la economía y el léxico de la informática, es posible también incorporar los usos del lenguaje que reflejan el derecho de las mujeres a ser nombradas en pie de igualdad con los hombres. No deja de ser significativo que quienes se ofenden en defensa de la pureza del lenguaje cuando se nombra en femenino algún oficio de tradición masculina (jueza, médica...) utilicen en cambio sin ningún pudor ni mesura alguna palabras como “resetear”, “chatear” o “email”. ¿Por la boca muere el pez?

Ya lo dijo con claridad Humpty Dumpty en *Alicia a través del espejo*:

“-Cuando yo empleo una palabra -insistió Humpty Dumpty en tono desdeñoso- significa lo que yo quiero que signifique. Ni más, ni menos.

-La cuestión está en saber – repuso Alicia- si usted puede conseguir que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

-La cuestión está en saber- replicó Humpty Dumpty- quién manda aquí. Eso es todo”.

Y es que una vez más lo que está en juego es del poder. Ni más ni menos.

* Publicado en el número 61 de *Textos de Didáctica de la Lengua y de la Literatura* (abril-junio de 2012). Graó. Barcelona.

**Carlos Lomas es catedrático de *Lengua castellana y Literatura* en educación secundaria, doctor en Filología Hispánica y autor, entre otros libros, de *Cómo enseñar a hacer cosas con las palabras* (Paidós), *Érase una vez la escuela* (Graó) y *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres* (Península). Correo electrónico: lomascarlos@gmail.com